

# POLITICA Y CULTURA PUERTORRIQUEÑA\*

MANUEL MALDONADO DENIS

**E**L HECHO de que el debate público —por largo rato fija su atención en las proyecciones económicas de las diversas soluciones al status político de Puerto Rico— hoy se concentre sobre el problema de las implicaciones culturales que presentan las diversas fórmulas políticas propuestas, demuestra una conciencia de la problemática político-cultural puertorriqueña que no debe pasarse por alto. Pues cualquier estudioso de la sociedad, preocupado por las consecuencias de la acción social y política, tiene que plantearse el problema desde la perspectiva más objetiva posible.

Gran parte de la preocupación con el tema aludido viene como resultado de un hecho incontrovertible: el industrialismo, con todas las explosivas implicaciones que tiene para la cultura tradicional, ha puesto en jaque a ésta, actuando de suyo como un disolvente poderosísimo de los modos tradicionales de actuar y de pensar en Puerto Rico. Este proceso no puede desconectarse del proceso de decisión política que le sirve como trasfondo, ni de las fuerzas operantes en la sociedad que le han puesto en marcha. La decisión política básica —hecha en 1940 por el PPD— de industrializar al país, primero mediante un socialismo bastante diluido y luego a través del ofrecimiento de incentivos para el inversionista extranjero, puso en marcha un proceso —análogo al que acontece en todas las sociedades que están atravesando por un período de rápido desarrollo económico y social— que ha puesto en asedio a la cultura tradicional de Puerto Rico.

Si por cultura entendemos aquí “la forma de vida total de un pueblo”, comprendiendo así a la cultura como una configuración compuesta por tres elementos fundamentales: tecnología, instituciones e ideología, nos confrontamos de inmediato con un dato radical que no puede escapar nuestra atención. A saber, que en la medida en que se operen cambios tecnológicos que marquen una desviación radical de los medios usados anteriormente, habrá una correspondiente repercusión sobre los

---

\*Ponencia presentada al Séptimo Congreso de Psicólogos de Puerto Rico, celebrado en Río Piedras, el 26 de agosto de 1961.

demás factores que componen la configuración a que he aludido. Por consiguiente, el estremecimiento calará hondo, llevándose consigo muchas de las cosas consideradas como "sagradas" por generaciones anteriores. El industrialismo es un disolvente de enorme poderío, pues estremece los cimientos de todas las instituciones tradicionales: la familia, la iglesia, la escuela, etc. Crea además las condiciones necesarias para esa incorporación de las masas dentro de la sociedad que Edward Shils considera como la característica principal de la sociedad de masas. De esta manera, grupos de la población que anteriormente habían estado al margen del proceso político irrumpen en él ejerciendo presiones sobre el proceso de decisión política que previamente eran insignificantes o nulas. La educación se hace extensiva a sectores que perciben sus bondades desde un punto de vista estrictamente utilitario, al mismo tiempo que la demanda cada vez mayor por servicios públicos y de beneficencia hace necesaria la creación de una burocracia y, por ende, de un servicio civil, que depende existencialmente de la maquinaria gubernamental. De ahí el surgimiento, visible con tanta claridad en Puerto Rico, de una clase media profesional firmemente establecida, tanto en la burocracia gubernamental como en la de la empresa privada. Los medios de comunicación de masas, de otra parte, apelan constantemente a la vanidad y a las inseguridades de todos estos grupos, mientras los centros de diversión contribuyen a crear las bases para el derroche de su ocio y su dinero.

Existe además la importación de nuevas técnicas de organización que, como ha señalado el doctor Mintz en su libro sobre el trabajador de la caña, recalca "el avance económico personal, una orientación de que el tiempo es dinero, la posposición de la satisfacción inmediata, de preeminencia del motivo económico, y la subordinación del puro placer".<sup>1</sup> Es decir, que en la medida en que se ha ido internalizando entre los diferentes sectores de la población "el espíritu del capitalismo", se ha ido recalcando una "racionalidad funcional" según término de Mannheim, que en muchos casos resulta contraria a la orientación tradicional.

Y como ocurre en toda sociedad industrial, los controles ejercidos por la familia y por la Iglesia se van debilitando, creando las condiciones para la delincuencia, los hogares destruidos y las personalidades neuróticas. Sobre todo, se ha idealizado ese rasgo ubicuo de la civilización norteamericana: el "comfort", al mismo tiempo que la adquisición monetaria como un fin en sí mismo, la trivialidad en el actuar, y la tendencia a exaltar el "know how" norteamericano crean

<sup>1</sup> Sydney W. Mintz. *Worker in the Cane, a Puerto Rican Life History* (Yale University Press, 1960), p. 268.

y procrean una decidida tendencia a mirar hacia la nación norteamericana en términos de una inherente superioridad, forjándose entonces esa peculiar mentalidad colonialista exhibida por el "petite yankee". El hecho de que —según las últimas cifras dadas a la publicidad— el ingreso anual *per capita* del puertorriqueño sea de \$ 622.00 en 1961 demuestra que el nivel de expectativas de las masas y su orientación en términos de los patrones de vida de la metrópoli ha de continuar en aumento.

Todos estos factores —consecuencias directas del industrialismo— son sin duda los factores causales que más han contribuido a la preocupación que hoy existe con referencia a la posible erosión de la cultura puertorriqueña tradicional. Los efectos del industrialismo, similares a los que ocurren en países no-Occidentales que están en vías de "Occidentalizarse", no deben confundirse con esa "penetración cultural norteamericana" que preocupa a tantos. Pues algo análogo ocurre en todos los países infra-desarrollados económicamente y que están pasando por un proceso de industrialización. La tecnología es de suyo neutral, y sus efectos impactan sobre todas las culturas tradicionales, independientemente de si es introducida por rusos, norteamericanos o franceses. Ese es el precio que hay que pagar por el industrialismo y sus concomitantes. No puede pretenderse, según el dicho norteamericano, tener el bizcocho y comérselo a la vez. La decisión política de industrializar no se hace en un vacío, y resulta utópico —como ha señalado Toynbee— pensar que una vez introducida una nueva tecnología podrá ponerse un cordón sanitario alrededor de los demás aspectos de la cultura tradicional.

Ahora bien, el problema de industrializar en áreas infradesarrolladas económicamente ha creado un problema de identidad en los países afectados que frecuentemente crea una especie de "esquizofrenia cultural" en sus habitantes, especialmente en el grupo de los intelectuales que han venido bajo una fuerte influencia occidentalizante. El resultado es un conflicto profundo en donde el individuo se debate entre los reclamos de la cultura occidental y los de su propia cultura. En el mejor de los casos, el individuo logra un equilibrio que le permite asimilar ambas corrientes culturales, en el peor de los casos puede degenerar en ese "pachuquismo" que le sitúa en una área marginal en donde no es ni lo uno ni lo otro. (El "men" puertorriqueño sería un buen ejemplo de esta tendencia, puesto que él ilustra el carácter híbrido que reviste una pretendida fusión cultural que no se logra).

Todos los países coloniales atraviesan por esta situación ambivalente. Hay admiración por el poder colonial, conjuntamente con una emulación —consciente o inconsciente— de sus rasgos principales. Al

mismo tiempo existe una tendencia a rebelarse contra su omnipotencia, a destruir la hegemonía que éste mantiene sobre la colonia. Aunque ambas tendencias pueden coexistir en el mismo individuo o en los mismos grupos, el sentimiento nacionalista —ilustrador del último rasgo descrito— ha logrado convertirse en la fuerza motriz de liberación de los pueblos afro-asiáticos contra las potencias imperialistas. La preocupación que los nuevos pueblos de Asia y Africa han demostrado por el estudio de su historia y por la creación de mitos y de fuentes de identificación para las nuevas generaciones, es precisamente un intento de crear las bases para una identidad cultural libre de la influencia de las potencias coloniales. Es el deseo de buscar las vías y caminos para la expresión nacional autóctona, que está inextricablemente ligado con una decisión política fundamental: cómo habrá de industrializarse, y con qué fines. Pues no es meramente emancipación política lo que desean estos países, sino también emancipación económica de las potencias imperialistas. Siendo esto así, no es de extrañarse que muchos opten por industrializar siguiendo la fórmula del socialismo, pues en esta forma intentan retener en sus manos el poder de decisión fundamental tanto en la esfera política como en la esfera económica.

El problema de la identidad cultural en Puerto Rico se plantea con igual agudeza que en estos países, o tal vez más. La razón es sencilla: la cultura puertorriqueña, cuya tradición es esencialmente hispánica, ha venido en contacto —en una relación de dependencia política y económica— con una potencia cuya cultura tiene raíces anglosajonas. Según Pedreira, el período de “despertar e iniciación” de nuestra historia, que comienza a principios del siglo XIX y que es cortado por la ocupación norteamericana en 1898, cede el paso a un nuevo período que el gran ensayista puertorriqueño llamó de “indecisión y transición”. Mientras en aquel período nuestra cultura comenzaba a encontrar sus propias vías y caminos de expresión autóctona, en este nos confrontamos con un nuevo período que, allá por el 1930, hizo exclamar a Pedreira que no podíamos “prescindir en nuestros días del gesto anglosajón que a través de los Estados Unidos se va filtrando lentamente en nuestra esencia hispánica”. Así pues, nuestra cultura nacional, que al alborar el siglo XIX marchaba de la mano con ese “sentimiento de nacionalidad” que A. D. Lindsay considera como ínsito a la nación-estado moderna, se preocupó primero por cortar el cordón umbilical que aún le ataba a la Corona Española. Más tarde tuvo que enfrentarse con una potencia que la confrontaba con una tradición ajena a los modos tradicionales de actuar y de pensar puertorriqueños. El problema de identidad es tan agudo hoy seis décadas y pico después

de la entrada del general Miles precisamente porque en las últimas dos décadas se ha añadido un elemento adicional a la configuración que existía anteriormente: el industrialismo.

No obstante, sería un error si, sustentando una teoría monocausal del acontecer histórico, fuésemos a atribuir todos los problemas actuales exclusivamente a la industrialización. Ya se ha visto en qué forma la industrialización, concebida como el resultado de una decisión política hecha por los puertorriqueños, ha alterado la faz de gran parte del orden tradicional, desfigurando en ocasiones su fisonomía general. Ahora quiero referirme a algunos factores que, a mi juicio, tienen implicaciones tan graves como el industrialismo para la cultura tradicional. Me refiero al proceso mismo de la decisión política en la relación Puerto Rico "vis-á-vis" los Estados Unidos. Veamos.

Si bajo la Corona Española, exceptuando un breve interludio liberal y la frustrada Carta Autonómica, tuvimos muy poco o ningún gobierno propio, bajo el gobierno norteamericano de la isla experimentamos una dosis de gobierno propio que, concedida con gran conservadurismo desde Washington, fue gradualmente extendida a la Isla hasta culminar en el Estado Libre Asociado de Puerto Rico. Sin embargo, y a pesar de que ha habido logros innegables en lo que a autonomía local se refiere, la relación actual deja vigente la sección de la Ley de Relaciones Federales disponiendo, que todas las leyes federales que no sean localmente inaplicables tendrán igual vigencia en Puerto Rico que en los Estados de la Unión, excepto las leyes de rentas internas. Esta disposición, que le ha servido como base a todo el programa de industrialización emprendido por el actual gobierno, deja al Congreso de los Estados Unidos la facultad discrecional para hacer extensivas a Puerto Rico leyes federales, sin que pueda mediar nuestro consentimiento en cuanto a su vigencia. Así, todos los programas federales que se hacen extensivos a Puerto Rico no sólo crean una dependencia existencial de parte de grupos y sectores de la población puertorriqueña ante el gobierno federal, sino que también sitúa cada vez más a Puerto Rico dentro de la esfera de control de las agencias gubernamentales federales. De esta manera, los centros de decisión que nos afectan vitalmente logran escapar nuestro control tanto en el área del poder legislativo, como en el del ejecutivo y el judicial. Todo esto, claro está, como resultado de una decisión política hecha por la mayoría de los puertorriqueños, en donde consentimos precisamente a la abdicación de nuestro consentimiento a las leyes federales aplicables a Puerto Rico.

Otro tanto puede decirse del poder de decisión en la esfera económica. Si el 78% de las industrias están en manos de inversio-

nistas extranjeros, y si de \$ 650,000,000 invertidos \$ 550,000,000 son de inversionistas extranjeros (especialmente de norteamericanos) el poder de decisión en asuntos económicos es tan remoto como el poder de decisión en los asuntos políticos. Aquí se crea nuevamente esa dependencia existencial de que hablé anteriormente con referencia a los servicios sociales federales, pero aplicable a todos aquellos que dependen para su subsistencia del programa de industrialización. Lo que ha ido ocurriendo: una integración cada vez mayor de la economía puertorriqueña a la economía de los Estados Unidos, aumenta nuestra dependencia de la nación norteamericana en la esfera de lo económico.

Esta alienación de una gran parte de nuestro poder de decisión político-económico, unida al fenómeno del industrialismo a que hice referencia anteriormente, es lo que ha promovido el debate sobre el problema que nos preocupa. Como existen posturas y enfoques diferentes en cuanto a las consecuencias de la interrelación de estos factores, y como diversos grupos dentro de la sociedad sustentan ciertas teorías sobre el problema cultural que tendrían consecuencias concretas para la cultura del país en caso de que algunos de ellos obtuviesen el poder de decisión política, creo que procede el presentar aquí una hipótesis un tanto audaz. La hipótesis es esta: el problema de la cultura puertorriqueña —su conservación o aniquilación— está inextricablemente ligado al problema del status político de Puerto Rico. La solución que se dé a dicho status, ya sea mediante la continuación de la actual relación política, ya sea mediante la estadidad federada o la independencia, será lo que determinará el futuro cultural de Puerto Rico.

Me explico. Es evidente que las fuerzas políticas que están operando en la sociedad puertorriqueña adoptan ciertas posturas ante nuestra realidad cultural que no pueden separarse de las soluciones preconizadas por cada uno de ellos en cuanto al status político de Puerto Rico. La decisión política que se haga sobre el particular, por tener un carácter obligatorio para toda la sociedad, no sólo determinará la orientación a dársele al sistema educativo, sino que también proveerá la tónica general de la vida pública del país en un momento dado.

Según la opinión de un grupo cuya solución al status político es la independencia política de los Estados Unidos, Puerto Rico podrá mantener su cultura tradicional únicamente mediante su vinculación estrecha a los demás países de Iberoamérica. Este sector de opinión exalta nuestra raigambre hispánica, recalca la diferencia entre la cultura hispánica y la cultura anglosajona, y aboga por el cultivo y el es-

tudio de las tradiciones, las costumbres y la historia de Puerto Rico. Como fuente de identificación, estos reclaman la existencia de un pasado y de una tradición que puede servir como base para crear un sentido de identidad en las generaciones presentes y las futuras. De obtener el poder público, estos grupos —aun cuando puedan diferir en cuanto al grado de nacionalismo que sustentan— proponen la tesis de que sólo mediante una política educativa capaz de crear un sentimiento de adhesión e identificación para con Puerto Rico, concebido como un pueblo soberano, puede conservarse la cultura nacional.

El grupo cuya solución al status político radica en las antípodas del que acabo de señalar, es aquel cuya fuente de identificación principal son los Estados Unidos de América. A mi juicio, los que sustentan esta fórmula política —es decir, la estadidad federada— en su admiración e identificación con la nación norteamericana presentan una especie de nacionalismo invertido. La emulación de los patrones de vida de Norteamérica, la identificación con los símbolos de la metrópoli, la exaltación del "know-how" norteamericano, todos estos rasgos distinguen a este sector de opinión de los demás grupos. De obtener el poder público, estos grupos favorecen la federación con los demás Estados de la Unión norteamericana, pero sin que ello implique —de acuerdo a su tesis— la asimilación de la cultura puertorriqueña a la cultura norteamericana. En vez de exaltar los valores hispánicos, se exaltan los de "nuestra gran nación", es decir, los Estados Unidos de América. Afectados por una mentalidad que es característica de sectores considerables en todos los países coloniales, este grupo se identifica con el poderío y el prestigio de los Estados Unidos, mirando todo —incluso al resto de Hispanoamérica— con lentes norteamericanos. En este conglomerado —compuesto principalmente por la ingente burguesía— radica el fermento principal hacia la estadidad federada como la solución al status político de Puerto Rico. Viendo con beneplácito todo lo norteamericano, éstos conciben la salvación de Puerto Rico a lo largo de las líneas trazadas por los Estados Unidos. Un sector considerable de los grupos o asociaciones que existen actualmente en Puerto Rico son réplicas de asociaciones análogas en Norteamérica, y constituyen los puntales principales de esta tesitura frente a la realidad puertorriqueña que ya hemos descrito. La formación de una mentalidad "americanizada" en los miembros de la nueva generación que está ahora en su adolescencia es mayormente el resultado de la influencia de estos grupos, unidos a los medios de comunicación de masas y a los centros de diversión.

Un tercer grupo, actualmente con las riendas del poder público, concibe a la actual fórmula como la única capaz de garantizar una

confluencia de la cultura anglosajona y la hispánica. De preservarse el actual status —con todas las modificaciones que hubiese que hacerle— sería dable lograr una fusión de culturas capaz de conservar lo mejor de las dos civilizaciones, desechando lo pernicioso. Así se lograría —dicen los propulsores de esta idea— preservar la cultura hispánica pero sin cerrar las puertas a las influencias de la cultura anglosajona. De ahí nuestro carácter como “vitrina” o como “puente” entre las dos culturas. Aun cuando la fuente de identificación es para ellos la cultura tradicional, sin embargo no dejan de emular algunos aspectos institucionales que ellos admiran en Norteamérica.

Si mi hipótesis es correcta, la historia dirá la última palabra sobre este problema. La decisión política dependerá, en última instancia, de la decisión personal —basada en nuestras estimativas— de la deseabilidad de cada una de estas fórmulas políticas. Lo más que puede hacer el estudioso de la sociedad es comprender el curso del acontecer histórico, sacando a la luz ciertas conclusiones fundamentales que le permitan ordenar la realidad que le circunda a través de un cierto esquema o marco conceptual. Su misión, como dijo sabiamente Max Weber, no es la del profeta, ni puede consistir en introducir subrepticamente en el salón de clases bajo el pretexto de la objetividad —el bastón del Mariscal en su mochila. La predicción, de suyo limitada en el estudio de la conducta humana, debe estimularnos a tener un sentido de humildad al aventurar nuestras conclusiones. Confieso que lo más que puedo hacer es arriesgar ciertas hipótesis, basadas en los conocimientos limitados que tengo a la mano, en cuanto a las posibles consecuencias de las fórmulas políticas ya enumeradas: Mis preferencias íntimas van más allá del ámbito de esta ponencia.